

construcción de seis vapores blindados que los confederados construyeran en un puerto francés; é indicó separar de Washington al ministro Mr. Mercier, cuyas simpatías por el Sur eran muy marcadas. Vióse obligado Napoleón á esta nueva política, por las complicaciones que presentaban los asuntos europeos respecto á los ducados que, separados de la Dinamarca se habían anexionado á la Alemania, complicaciones que hicieron aparecer en el cuerpo legislativo francés la petición de que salieran de México las tropas francesas, encargándose Mr. Thiers de hablar en nombre de la oposición acerca de este asunto.

La disidencia entre los Sres. Labastida y Almonte fué comunicada á Paris por el primero de éstos el 26 de Noviembre; allí se consideró que Almonte no podía haber obrado de un modo distinto del que lo hizo, y que con haber cedido había salvado la Monarquía. Sostenía Almonte que la cuestión nada más quedaba aplazada, mientras que Labastida la consideraba prejuzgada y resuelta. A ambos se les aconsejó que esperaran y que tuvieran prudencia hasta la llegada del Archiduque. El asunto fué considerado por el Sr. Gutiérrez de Estrada como de "dogma de catolicismo," lo cual le criticaban Hidalgo y otros, admitiéndole buena fé pero innegable exageración, á la cual atribuían el juicio ya poco lisonjero que tenían de él tanto en la Corte como en el Ministerio.

D. José Hidalgo, en sus cartas á los principales intervencionistas y especialmente al Sr. Arzobispo Labastida, le aseguraba que el incidente ocasionado en el seno de la Regencia había producido en Miramar un efecto fatal, é iba á ser causa de que se adoptara una marcha que pusiera próximo término á ese estado de cosas. Las cartas del general Márquez eran entregadas á Maximiliano por medio del mismo Señor Hidalgo.

Los intervencionistas querían que por lo menos al secuestro reemplazara el embargo. Los jueces menores continuaron rehusándose á entender en los negocios sobre pagarés y ventas de fincas desamortizadas, insistiendo en que lo dispuesto sobre la materia no desvirtuaba las órdenes expresas que se tenían en sentido contrario. Parecía que Bazaine no sostenía las medidas provenientes de su mandato, pero en realidad trabajaba en secreto para vencer las resistencias del partido clerical, al que después atropelló resueltamente, aunque los jefes de ese partido se dirigieron á Napoleón para que impidiera el cumplimiento de las leyes de Reforma.

De la insistencia de Maximiliano en pedir la adhesión de todo el país mexicano á su candidatura, dimanaban las dudas sobre la definitiva aceptación, y á medida que pasaban los días crecía la incertidumbre. El general Fleury, ayudá de campo y chambelán de Napoleón, escribía al general Bazaine el 12 de Diciembre de 1863, manifestándole que Maximiliano acabaría por no dar resolución alguna, y que lo más conveniente sería crear un dictador cualquiera, como Comonfort ú otro que se opusiera á Juárez, y hacer que el ejército regresara á Francia. Este parecer era el de otros muchos que rodeaban á Napoleón III, por lo que se debió ver en ello el reflejo del pensamiento imperial. Dada la confianza de que gozaba en las Tullerías el ayudá de campo, general Fleury, la proposición de establecer á Comonfort ú otro con quien se



*Lic. D. Fernando Ramírez.*

Impulsado el príncipe Maximiliano por su adhesión á las ideas liberales y por los compromisos que había contraído con Napoleón III, modificó el ministerio formado en la Regencia del general Almonte, y confió en Julio de 1864 la cartera de Negocios Extranjeros á D. Fernando Ramírez, que había sido partidario resuelto del gobierno del Presidente Juárez, y había rehusado tomar parte en la Asamblea de Notables constituida por el general Forey. El nombramiento del Sr. Ramírez para Ministro, pareció más bien un desafío al partido que proclamó y trajo al Emperador Maximiliano, é indicó con toda claridad, la voluntad de éste en sustraerse á la influencia del partido conservador clerical. En Octubre de 1865, renunció Ramírez el Ministerio de Negocios Extranjeros y en el siguiente mes visitó á Yucatán, yendo en la comitiva de la Emperatriz Carlota.

podiera tratar, tendía á retirar prontamente las tropas con apariencias de que concluía la intervencion.

Si en el mes de Marzo no quedaba resuelto el asunto de México, Francia daría por concluida su mision y se retiraría, dejándo á salvo sus intereses y la responsabilidad á los que no habian sabido secundar sus miras. Tal resolucion se les anunció como irrevocable al Sr. Gutierrez de Estrada y al Sr. Hidalgo, tanto en Compiègne como en el Ministerio, con órden de trasmitirla á la Regencia.

El Sr. Gutierrez de Estrada escribía: «si despues de obtenida la aceptacion se pone en marcha, tal vez logre borrar lo que ahora está disgustando tanto, y enderezar las cosas á satisfaccion de todcs. Pero si no es así, si en Marzo no queda resuelta esta cuestion, la Francia dará por concluida su mision, dejará á salvo sus intereses y se retirará dejando la responsabilidad de estos acontecimientos á los que no han sabido ó podido secundar sus miras. Tal resolucion es irrevocable, se me ha comunicado ya con toda franqueza, y el dia de su realizacion no tendremos derecho á sorprendernos, porque hemos sido advertidos á tiempo.»

«Este es el lenguaje que se ha usado conmigo, tanto en Compiègne como en el Ministerio, con órden de escribirlo así, y cumplo con la indicacion.»

Modificó estos proyectos el éxito que en su campaña al Interior alcanzara el general Bazaine, haciendo evacuar á Juarez la plaza de San Luis Potosí el 18 de Diciembre, despues de haberla ocupado seis meses, y la muerte de Comonfort, en quien se fijaban las miradas de los que proyectaron relegar al pasado el pensamiento de establecer aquí un Imperio. Enviábanse á Francia noticias de que por donde quiera que pasaba el ejército francés, era recibido con la entusiasta adhesion de las poblaciones al voto de los Notables de México en favor del Archiduque.

Cuando llegaba en pos de estas noticias la realidad, ante ella las ilusiones se iban desvaneciendo: los generales franceses nombraban hasta las autoridades municipales, por no atreverse á hacerlo los partidarios de la Intervencion que temian las represalias, y si estos pedian armas para defenderse, pedian tambien con insistencia una guarnicion francesa.

Más que la espedicion al Interior, llamaba la atencion pública la desavenencia que estalló entre el general Bazaine y el partido clerical que reputaba como golpe de Estado las medidas sobre alzamiento de secuestro y bienes nacionales. En las aduanas rehusaban los adictos al clero devolver las cantidades secuestradas, á pretexto de que no se les habia comunicado la órden por el Ministerio respectivo, y los jueces querian sostener en vigor la órden de la Regencia para que no se diera curso á demandas sobre pagarés y ventas de fincas nacionalizadas, sosteniendo que aquella órden no podría derogarse sino por otra, y nunca por avisos comunicados, como los que publicó la «Gaceta Oficial.» En cuanto al decreto sobre secuestro, discutíase la validez de las disposiciones de la Regencia, cuando, como en el presente caso, no estaban suscritas por los tres miembros del gobierno. Bazaine resolvió sofocar todas esas intrigas, y en una conferencia muy acalorada que tuvo con el arzobispo, le declaró que obraba en virtud de instrucciones terminantes del Emperador, y que si para ejecu-

tarlas hallaba tropiezo en la Regencia, no vacilaría en suprimirla y en reasumir el mando. La conducta de Bazaine llevó al partido clerical al último grado de perplejidad y alarma, quedando firme el Arzobispo en la política que había adoptado, aunque cada vez se agriaran más los ánimos, sin que sirvieran para nada los esfuerzos de Bazaine que procuraba inducirlo á aceptar el nuevo programa.

La política del Arzobispo, aunque se consideraba basada en su conciencia, se vió en Miramar como un nuevo desengaño de que aquí no se podía establecer algo duradero.

Decía el Sr Hidalgo: «Mientras Francia ha combatido enemigos, no ha desmayado ni perdido la esperanza del triunfo; pero como ahora los embarazos vienen de los amigos, sus ilusiones empiezan á caer, y ni su honra ni sus intereses le permiten prolongar esta situación. Sin embargo, la resolución será tomada sin precipitación que cuadraría mal con la medida propia de este gobierno.»

El gobierno provisional y el general en jefe continuaban en desacuerdo en cuanto á la manera de establecer la administración; la Regencia nombraba solamente reaccionarios poco capaces ó de avanzada edad, y resolvió llamar á los que habían formado parte del gobierno conservador, aunque creara el espíritu de partido nuevas dificultades, reviviendo enemistades que se oponían al plan de pacificación ideado por Bazaine. Este aprovechaba todas las oportunidades para informar al Emperador, diciéndole que no había otra solución admisible, que la aceptación definitiva del Archiduque. Así le escribía con fecha 27 de Diciembre desde Lagos, añadiendo que después de haber hecho todo lo posible por atraerse á Doblado, éste quería una entrevista por el estilo de la verificada con Prim en la Soledad; que Doblado estaba en la sierra de Nochistlán, procurando llegar á algún puerto del Pacífico, según se decía, para salvar el tesoro de un millón de pesos, cantidad que á Bazaine le parecía excesiva. El general Bazaine contaba con la confianza y el afecto de sus tropas ante las cuales se había levantado en gran manera por los combates de la Penitenciaría y San Lorenzo, que contribuyeron á darle popularidad. Aun los soldados que se titulaban aliados tenían simpatías por Bazaine, pues hablaba el español y siempre los recibía con benevolencia. Inspirando cierta confianza á una fracción del partido liberal, concibió Bazaine la esperanza de atraerse á los generales Doblado y Comonfort, para colocarlos en el triunvirato con Almonte, después de retirar á los regentes Salas y Ormachea, en cuyas negociaciones con Doblado fué empleado un extranjero que tenía gran intimidad con el general Bazaine, no habiendo llegado á tratar con el general Comonfort por haber sido asesinado. Las relaciones con Doblado continuaron; á veces daba esperanzas y las operaciones militares se detenían; otras veces se creía engañado Bazaine y mandaba que se continuaran á toda prisa.

Bazaine tuvo serias desavenencias con algunos generales franceses, principalmente con Douay y Castagny, de lo que provino que una parte de la oficialidad estuviera en contra del nuevo general en jefe. Aprobó las disposiciones del prefecto político Villar y Bocanegra, para que fuesen registrados todos los transeúntes que pasaran por las garitas, la prohibición para que hubiera reuniones en las pulquerías y

vinoterías, así como para que de las nueve de la noche en adelante se pudiera andar á caballo, exceptuando á los militares y agentes de policía; se establecieron entonces vivaques en varios puntos de la ciudad.

La víspera de la salida de Bazaine para abrir la campaña del Interior, publicaba en la cuarta plana del «Diario Oficial» un aviso, en que expuso los motivos por que los mexicanos debían ser enviados á los consejos de guerra, ascendiendo á veinte los casos en que se hacían acreedores á la pena de muerte, fuera de los en que se podía reducirlos á galeras ó prisiones. Este fué el preliminar para pedirles su voto á los Estados del Interior.

Si aun se abrigan algunas dudas acerca de la conducta observada por el gobierno de las Tullerías á consecuencia de las declaraciones que hizo el de los Estados Unidos, quedaban desvanecidas con la carta dirigida por el Sr. Gutierrez de Estrada á un miembro del Parlamento inglés el 30 de Diciembre de 1863, tocando la cuestión de Venecia, que preocupaba tanto á la corte de París como á la de Viena. Se consideraba el asunto de México fuera del movimiento político general de la Europa, y que tal situación era favorable al Austria, pues apartaba la idea de una compensación con Venecia y era provechosa para México porque lo dejaba aislado y en un terreno especial. Encontrándose la Francia en México no tenía delante otra solución, según los imperialistas, que el trono del Archiduque hubiese ó no guerra en Europa. El buque en que viniera Maximiliano á México, no sería detenido ni por Inglaterra, aliada probable del Austria en las complicaciones previstas, ni por la Francia que le conducía, ni por los Estados Unidos. Creían con el Sr. Gutierrez de Estrada, que en lo que se decía no tomaban parte las ilusiones, sino que todas estas apreciaciones eran prácticas.

El Sr. Arrangoiz que permanecía en Miramar procurando sacar partido de su situación política al lado del Archiduque, informó también que se esperaba la llegada del paquete para disponer el viaje, pareciendo un sueño á los que habían aclamado á Maximiliano, el considerar que pronto estaría en las Tullerías de paso para México; suceso que esperaba también con impaciencia el gobierno francés, pues había causado honda sensación y aun abatimiento lo acaecido en la Regencia, y se recomendaba al Sr. Arzobispo Labastida que calmara las impacencias de sus amigos y que los mantuviese quietos hasta la llegada de S. A.

Lamentaban mucho los mexicanos intervencionistas establecidos en Europa, las disidencias entre los regentes; en las correspondencias seguidas con tal motivo, se dijo que Almonte no podía obrar de otra manera, y que con haber cedido á las exigencias de los franceses había salvado la situación. En todas las correspondencias se aconsejaba al Sr. Labastida que esperase la llegada del Archiduque para que resolviera las dificultades, apelando al patriotismo y la prudencia de entrambos.

Por favorecer los intereses de algunos de sus compatriotas y obedeciendo siempre á la política que le prescribía su Emperador, insistió Bazaine con la Regencia para que mandara poner en circulación los pagarés procedentes de bienes eclesiásticos, insistencia que agravó la pugna entre los Regentes, extendiéndose después al tribu-